

Museo Nacional del Virreinato

Emilio Montemayor Anaya*

La historia de una institución es la historia de quienes trabajan en ella; es una obviedad, pero hay que repetirlo. Esta entrevista con Agustín Rodríguez, que ha laborado por más de 35 años en el Museo Nacional del Virreinato (MNV), nos devuelve, mediante sus remembranzas personales, diversos rasgos de lo que ha sido la evolución del INAH: las transformaciones de sus espacios, las formas de ingreso de sus trabajadores, las dinámicas de trabajo y la formación del personal, e incluso la relación que el instituto ha tenido con la sociedad, entre algunos de los aspectos que podemos reconocer en esta conversación.

¿En qué año entraste a trabajar al MNV?

El 1º de mayo de 1973, en el área de jardinería. Allí estuve unos meses. Creo que fue el área donde estuve menos tiempo, pero lo disfruté. Era un área muy bonita y, bueno, en ese tiempo lo veía enorme, aunque ya lo conocía, porque soy originario de aquí. Cuando mis padres venían aquí, porque aquí estaban las compuertas donde se distribuía el agua de riego, pedía uno permiso y entraba para hacer los cambios de canal. Lo conocía desde chiquito y me gustaba venir porque había fruta y era un lugar que se me hacía enorme.

¿Cuánto tiempo estuviste en jardinería?

Como seis meses. Al poco tiempo me pasaron a vigilancia, otro lugar donde también duré poco tiempo. Era algo nuevo porque trataba con el público e iba conociendo más el patrimonio.

¿La vigilancia era en custodia de sala o en el acceso al museo?

Custodia de sala. Fue muy bonito, una experiencia muy bonita porque allí fue cuando ya comencé a tener trato con el público, con más personas, porque a pesar de que el jardín estaba en el museo, estábamos un poco aislados. Acá había más contacto con las personas, se me hacía más interesante. Lo tenían muy bonito. También ahí duré poco tiempo, un mes, y posteriormente me llevaron al departamento de mantenimiento, de limpieza. Me jaló un señor ya grande, al que le decíamos *el padre Lupe*, y ahí sí duré como tres años y medio.

¿A qué se debieron estos cambios?

Pues el primero fue porque a unos compañeros del área de custodia los habían castigado y se necesitaba cubrir estos espacios; incluso había un señor que tomaba su pulquito y lo

tuvieron que regresar a jardinería, pues él no estaba acostumbrado a ese ambiente, a ese trabajo. Y a mí me dejaron, porque fuimos varios los que pasamos: éramos como diez jardineros y pasamos como cuatro a cubrir esos espacios. Nada más él regresó y los demás nos quedamos. Incluso un compañero se jubiló siendo custodio. Después, de ahí me pasaron al almacén de bienes culturales.

¿En contacto directo con las piezas?

Sí, ahora sí. Sentía más el cariño por este lugar, por estar en contacto directo con las obras, con los embalajes, en el mantenimiento y conservación preventiva. Fue otro cambio, otra experiencia padrisima. Ya de ahí pasé a museografía. Ya llevo tres años en museografía.

¿Hay algún área en la que te gustaría participar y que no hayas trabajado?

En restauración. Me agrada el trabajo que hacen, ver una pieza en mal estado y verla ya reluciente, bueno, no tan reluciente, sino con ciertos detalles que se arreglan: la obra cambia y tú ves ese cambio.

¿Hay alguna obra o espacio del museo en particular que te agrade más?

La iglesia, el templo, que es maravilloso. Ése conviene verlo el día lunes, que no hay nada de gente, y contemplarlo es algo maravilloso. Los espacios, los retablos, esa tranquilidad que sientes los lunes que está solo. En ocasiones, estar ahí y contemplarlo te hace soñar; como que te transporta a otros templos. A veces, en un atardecer, estar en la torre es padrisimo. También estar contemplando la fachada, con ese color como dorado que a veces toma la cantera, con esa luz de sol ya en el atardecer, es maravilloso. No dejo de halagar este lugar.

Portería del ex colegio jesuita de Tepotzotlán, hoy Museo Nacional del Virreinato



¿Sigues descubriendo cosas nuevas en el museo?

Sí, a diario yo digo que se descubre algo, porque el museo es para mí algo mágico. Te atrae, es muy bonito, agradable. Me siento a gusto. No se siente esa mala vibra que hay en otros lugares.

¿Qué hacías aquí cuando eras niño?

La fruta, porque veníamos y había peras, había naranjas, había un chabacano bien sabroso. Ahorita que recuerdo, una vez mis papás me dieron 50 centavos de esa época, que era muchísimo –yo le calculo que fue por los sesenta; no sé si llegaste a ver una moneda que traía a Cuauhtémoc, de cobre–. Todavía me tocó venir a misa al templo. Tenía duela, en unas partes tenía duela, y entre la duela se me fue mi moneda. Imagínate, me habían dado un domingote, ahora sí, pero se me fue.

Pero después te lo retribuyó el museo ampliamente.

Ampliamente.

¿Cómo se te presentó la oportunidad de trabajar en el Museo Nacional del Virreinato?

Porque casi toda la gente que trabajaba en el museo era de aquí –menos los jefes, porque éstos casi todos venían de la ciudad de México–. El que estaba de coordinador en ese tiempo en jardinería era de mi rumbo, un vecino. Entonces va a ver a mi papá para que entrara a trabajar, pero él le dice: “Mi hijo no tiene en este momento trabajo”, pues yo había trabajado en una tienda; trabajaba de lavar platos en una cantina –ya sabes que en los pueblos no faltan cantinas–. Entonces me manda y, cuando entro, pues ya era otra cosa, porque no había entrado después de la remodelación: ya no te dejaban entrar, había guardias y todo eso. Como que no había esa libertad, no podías correr por los pasillos, ir a la huerta. Ahí se perdió el encanto por el momento. Entonces, cuando entro



Ex colegio jesuita de Tepotzotlán

a trabajar, estaba muy diferente de como lo había visto antes: derruido, sucio. Ya no era igual: era otra cosa.

Y en todos estos años, ¿cuáles son los cambios que has visto en el museo?

Con Miguel Fernández como que hubo ya un cambio más grande. Porque siempre ha habido cambios: arreglo de salas, arreglo a lo mejor de pasillos, de diferentes partes, pero cuando entra el licenciado Miguel, hay una reestructuración de parte del museo. Entonces hay un cambio muy importante en la estructura de varias salas, otro tipo de museografía; ahorita se puede decir que es un poco obsoleta, pero en su momento fue muy buena, lució la obra. Otro cambio muy importante fue ahorita con la nueva directora que tenemos: parte de las cocinas se remodeló, se cambió parte del aplanado, se restauró el pasillo que da a la huerta y al coro se le dio un buen mantenimiento. Son cositas que hacen resaltar más al museo.

¿Qué extrañas de los primeros años?

Pues yo digo que, queramos o no, a veces extrañamos la presencia de algunos compañeros con los que se llevó uno bien, con los que hizo un equipo y se van alejando. Ahorita, de los compañeros que entramos en ese tiempo, nada más queda uno, uno de los que entró conmigo.

¿Y alguna experiencia laboral particular que te haya dejado un buen recuerdo?

La primera vez que hicimos un empaque en grande. Fue en 1978, cuando México mandó una exposición a España porque se acababan de abrir otra vez las relaciones. Entonces se llevó una exposición enorme y me tocó participar en ese trabajo. Vimos unas piezas increíbles. Nos tocó manejar las piezas de la tumba 7 de Monte Albán. Fue padrísimo porque en ese momento yo acababa de entrar, y ver ese tipo de obra se me hacía soñado. Fue el primer empaque que tuvimos con una gran cantidad de obra. Incluso me acuerdo de una obra de cera que a otro compañero y a mí nos dejaron empacar. Gracias a Dios llegó todo bien. Fue complicado el embalaje y todo, por los detalles que tenían de cera. Me gusta mucho el embalaje. En casi todos los de aquí he participado. Y algo también que me ha gustado y de lo que he aprendido mucho es de gente como Consuelo Maquívar, Rosita Díez, gente con mucha capacidad.

¿Nunca te has sentido nervioso de tocar y manejar el patrimonio, de la posibilidad de afectar alguna pieza?

Por lo regular me toca hacer la distribución de obra en las cajas que tenemos o, si no hay cajas, hacer la distribución en una caja que se tendrá que mandar a hacer. Ahí es donde a veces sí te quiebras un poquito la cabeza, porque tienen que ir bien seguras. No hay un punto de error: debe ser casi exacto. Luego, a veces, la distribución, las dimensiones que van de una pieza a otra –porque a veces hemos metido 20, 40 piezas en una caja–: deben ir de tal forma que no haya posibilidad de que sufran un daño. Bueno, un accidente mayor ya se escapa de nuestras manos, pero es muy raro.

¿Has tenido la oportunidad de transmitir tu experiencia a otros compañeros?

Sí, me tocó ir a Mérida a impartir un curso. Que tenga la facilidad de comunicación, pues no, no la tengo, pero sí sé, ¿cómo te diré?, dar a conocer lo que he aprendido. En Morelos también impartimos otro. Lo bueno de este museo es que hemos estado al día en materiales de empaque; no nos hemos quedado con un solo material, sino que siempre estamos viendo, estamos investigando, ahora más con internet. Antes lo que hacíamos era ver empaques de otros países y comparar materiales, o a veces con los del Museo Nacional de Antropología, que son los que mandan piezas más seguido al extranjero –checaban materiales y nos sabían la información.

¿Te quedaste con ganas de hacer algo o hiciste todo lo que quisiste?

Yo digo que siempre faltó algo, a lo mejor hacer un diario de todo el trabajo que se ha elaborado, como en los empaques: cuando comenzamos a hacerlos, veíamos que no funcionaban algunos materiales, pues a veces lo hacíamos inconscientemente o no teníamos los materiales necesarios. En una ocasión llegó una obra de Italia y vimos un empaque que creímos que funcionaría con nuestras piezas; entonces lo retomamos y mandamos una pieza a Argentina, pero yo creo que hubo mucho movimiento en el trayecto, hubo roces en algunas partes del cuerpo de la pieza, y en una parte se perdió un poco de policromía. Eso ha de haber sido por el '79.

Lo del embalaje, ¿lo aprendieron sobre la marcha? ¿No había nada para que pudieran aprender en ese momento?

Nada. El que nos enseñó un poco sobre materiales y embalaje fue el profesor Alejandro Rojas, pero no había tanto material como hoy: materiales libres de ácido, materiales muy buenos para amortiguar los pesos, para evitar la vibración de la obra, que es lo que a veces la daña más, las vibraciones y el golpeteo. Y ahora tenemos oportunidad de utilizar infinidad de cosas.

En todos estos años, ¿cómo has visto la transformación de la propia gente que trabaja aquí?

Hay algo que ahorita me viene a la mente: recién entrado, hubo una exposición que se llamó *Comercio con Asia*. Me tocó estar ya en bodega y empacar la obra que habían prestado otros museos o particulares, y me acuerdo de que andaban todos los compañeros, hasta las secretarías, todo mundo, los jefes, todos andaban trabajando: Consuelo Maquívar, René González Marmolejo, todos esos investigadores que salieron de aquí. Y era bonito, porque había la participación de todos, se veía ese trabajo. No dejaban morir a alguien solo, sino que estaban apoyando. Siempre había ese apoyo, esa participación, que se fue acabando ya después. Aún así, el grupo que se ha conformado últimamente ha sido bueno: tanto estamos en carpintería como en embalajes o cuando piden apoyo en restauración o de obra. A veces en servicios educativos nos dicen: “¿Saben qué? Necesitamos esto”. Aunque no nos toca, el que va a quedar bien va a

ser el museo. Ése es como nuestro lema ahorita: que el que gane sea el museo.

¿Cómo es un día normal de trabajo?

Siempre hay algo nuevo. Aunque a veces decimos: “Otra vez ir a limpiar obra o ir a limpiar una vitrina o ir a hacer un empaque”, siempre hay algo nuevo que te hace ver algún detalle de una pieza o de un tipo de empaque que le conviene más a la obra, que tú ya tenías años haciéndolo de otro modo.

¿Cómo ves la relación del museo con el pueblo de Tepozotlán?

A veces te desconcierta, porque hay gente que es de aquí y no conoce el museo, a pesar de que hay carteles que anuncian los eventos. Como que no les atrae. Simplemente hace poco vino el presidente municipal que está actualmente aquí. Él es originario de aquí y nos conocemos y todo. Hubo un evento y me dice: “¿Qué crees? Yo no conocía el museo. Alguna vez creo que vine, y eso porque me invitaron a hacer una tarea, pero así de que yo haya venido a ver, nunca, y ahora vengo y veo que es impresionante”.

¿Qué cosas le hacen falta al museo?

Siento que haría falta un poco más de personal, porque ya se han ido bastantes y no se han recuperado esas plazas. La molestia de muchos visitantes es porque están muchas puertas cerradas, muchas salas cerradas. Es uno de los puntos más importantes. Y luego, a veces, al trabajador hay que concienciarlo más, que tenga más conciencia de lo que tenemos que hacer para mejorar nuestro museo, porque luego ves por ahí a algunos que ni les va ni les viene, o sea, como que no les interesa.

¿Qué crees que extrañarías más del museo?

Todo: el trabajo, el compañerismo, el espacio... Todo ✨

* Antropólogo, GACETA DE MUSEOS.